



HERMES

Este Don Poni que veis en la foto es Hermes. Quien sale en plan: ¡Ey, estoy aquí!, soy yo. El tercero en discordia es Mr Cochinito Vietnamita. Le encanta cavar fosos.

Hermes, todavía no puede creer que sea capaz de exigirle atención.

El cochinito no se corta: “Oiga señor, que ambos somos negros”.

Hermes tiene un carácter peculiar. En su otra vida debió ser croupier en algún casino del Misisipí y le gusta envidar al futuro, que para eso le corre sangre asturiana y galesa por las venas. Su padre vino a España hace unos veinte años para recuperar la antigua estirpe de los asturcones.

El resultado fue Hermes.

La gente de aquí no tiene en demasiada consideración a los ponis. Así que a Hermes siempre le toman por un español enano porque es muy chulito y, a lo lejos con su cuello acisnado, sus lunares plateados (en la foto lleva su abrigo invernal) y las crines rizadas, da el pego.

Todos los dartmoor tienen una gotita de sangre española. A Enrique VIII -quien, por cierto, era algo corto de talla y bastante orondo- tampoco le gustaban los ponis, (y después de un tiempo casi ninguna de sus mujeres) así que los mandó matar porque las tropas británicas quedaban muy deslucidas frente a la caballería española. Se salvaron

unas pocas yeguas, en las montañas, y un semental español, las encontró apetecibles. No me preguntéis cómo llegó hasta allí.

Cuando conocí a Hermes acababa de ser jubilado de la profesión de su antepasado y vegetaba junto a algunos de sus hijos mientras un sinfín de niños pasaba por su lomo sin que le importara demasiado.

Fue amor a primera vista.

Al menos para mí.

Él me quitó el bollo que llevaba en la mano, cerró los ojos y sus largas pestañas me recordaron a mi juguete predilecto: “Mi pequeño pony eres un sueño” (he tardado años en soltar esto sin ponerme como una remolacha).

No sabía, desde luego, de la capacidad de aguante, fiereza, inteligencia y clase de mi recién encontrada media naranja equina. Hermes se había acostumbrado a pasar de todo. Es un caballo duro, seguro de sí mismo y algo introvertido por los años de aislamiento. Asertivo, creo que dirían en el club Savvy.

“Es pequeño y gordo. No quedarás bien encima”, me dijeron. Pero a ver, amor a primera vista es eso: a primera vista.

¿Nadie se había fijado en su mirada, su preciosa cabeza, su cuello, sus crines, su morro de terciopelo, los colmillos temibles y sus patitas? Sólo estaba pasado de peso y aburrido.

Ahora es como una bala, preciso y rápido. Entonces yo no sabía demasiado. Pero me gasté mi primer sueldo en aquella “ranra” como fue denominado y empezamos a correr todo tipo de aventuras donde conocimos una gran variedad de tipos humanos y animales, a la par que acumulamos anécdotas como cuando estuvo a punto de matarme (demasiado tiempo encerrado), cuando se emborrachaba de sol y alfalfa y cantaba hasta caer rendido y yo pensaba que se había muerto, las veces que, al ver una procesión, decidía sentarse a contemplar el paso de la imagen ante la mirada incrédula del personal -y mi horror-, su negativa a que otro caballo le pasara delante, sus cortejos a las potrillas, lo presumido que es: puede pasarse horas bajo el cepillo o su cojera crónica que Wieland está a punto de corregir, las ocasiones en las que me sentí desalentada porque no me conectaba a él y mi decisión final de no venderlo.

No es un juguete ni un instrumento de presunción.

Es un rey (Todos los caballos lo son). Primitivo, sofisticado y de una ruda elegancia. Y todavía es capaz de aprender cosas, siempre quiere pasear e investigar y cuando se cansa, hoyea el suelo como el cochinito vietnamita.

De lo que no se ha recuperado es de ver a Cisco con Lulú bajo su tripa, como una lapa, entrando en las cuabras como si tal cosa.

¡Incluso en la suya, a roer sus propios granos!

Su gesto de asombro casi me mata de risa. ¡Y se enfadó tanto que luego me ignoraba, el tío!

Ah, Hermes mira a Susana con ojos llenos de miel, mantiene un ten con ten con Wielan (eso de que sea alto y rubio le mosquea) pero le pone su pequeña pezuña herida en la mano porque confía en él y juega conmigo a “no te subes hasta que me peines, amita mía”. Le ha costado un poco salirse con la suya, pero por fin se ha hecho con la ventana del paddock donde suelo encontrarle rumiando heno, con las orejas tiesas y toda la curiosidad que adorna a un poni sano y feliz, ahora que ya no pensamos que vamos a morir cuando nos convertimos en centauro; es decir, en un solo ser que disfruta de la suerte de estar vivo y descubriendo las maravillas que este mundo otorga a quien las sabe ver.

ADA